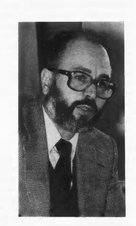
DESDE LA DIASPORA carlos álvarez



JOAQUIN VILLATORO



Si es verdad que el tiempo en que vivimos –ahora que el mundo es cada vez más grande porque los medios de comunicación facilitan unos desplazamientos impensables cuando el viaje de Tiro a Gadir era una hazaña homérica y el ciudadano medio puede abarcar un mucho mayor espacio que cualquier antiguo reyezuelo– determina un mayor desarraigo, la lejanía de las luces y las voces, los campos, las percepciones sensitivas que nos inundaron al nacer, no lo es menos que, durante muchos años, las circunstancias especialmente tenebrosas por las que ha atravesado nuestra patria (cuyos últimos cinco siglos, por no remontarnos más, han sido especialmente tenebrosos) han hecho de la diáspora un posible lugar de encuentro. La fuerza centrípeta de Madrid, meta de desposeídos en busca de pan en tierra de tan desigual reparto, ha hecho de este "rompeolas de todas las Españas" como lo definió el andaluz que se apellidaba Machado, y hoy es ya Don Antonio, la antesala de muchas amistades que podrían haberse producido antes en su rincón natural. Así, no es de extrañar que el jerezano de adaptación Joaquín Villatoro, cordobés de origen, y el jerezano de origen pero aclimatado a los aires mesetarios que esto firma, se encontrarán en uno de los salones (clandestinos, por supuesto) que mejor funcionaron durante los cuarenta llamados años: la casa sin llaves de Isabel y Pedro Dicenta. Allí conocí, y abracé por vez primera, al director del Conservatorio, de la Orquesta Sinfónica y la Banda Municipal de Jerez: ese hombre de leonina cabeza, mirada sentimental siempre al borde de las lágrimas, cordialidad encendida por su no disimulada sangre jacobina y desbordada pasión artística, cuyo retrato –me doy cuenta de ello– podría parecer

también, por la universalidad de la inteligencia creadora, el del vasco Gabriel Celaya, que tanto me lo recuerda. Después, varias veces, cuando he ido a mi ciudad natal en años relativamente recientes, el 2 de la plaza de Vargas, en pleno centro jerezano, ha sido mi parada y fonda; y Beatriz y Joaquín mis anfitriones.

Se equivocan quienes piensan que la fisonomía de una ciudad, su imagen –impresionista o impresionada– sólo la configuran los edificios y monumentos que alberga, el paisaje con que se adorna o el aroma peculiar que su vitalidad exhala. También quienes las habitan, si están entrañados en ella hasta el punto de convertirse en objeto familiar de convergencias afectivas, añaden pinceladas y matices a su personalidad, cerrada o abierta al viento forastero generador de cultura. Y Joaquín Villatoro no es en este caso solamente un nombre o un hombre, sino la demostración de que toda la comunidad humana, si permanece viva, persiste con el sístole y el diástole de dos impulsos: el que aleja y el que rechaza, el que disuade y el que acoge. ¿ Qué jerezano no le ha contemplado alguna vez con simpatía, camino del trabajo con su azul uniforme municipal: ese bello y alado trabajo que ofrece el sentimiento de alguien que lo transformó en la poesía esencial de la música para que los demás puedan compartirlo ? El cordobés Joaquín Villatoro, vecino de Jerez durante tantos años y hasta hace muy pocos, que tanto colaboró a través de la embriagadora de las artes a que nuestra ciudad se fuera poco a poco desprendiendo del polvo provinciano, ganando en proyección imaginativa, merece la gratitud generosa de sus paisanos. Aunque alguno de estos paisanos –como él mismo ahora– no respiren bajo el cielo (no tan azul como los ojos de la superficialidad burguesa lo contemplan) de la profunda Andalucía, sino a la sombra del sol de Madrid, contaminado y sucio, pero también, por multitudinario y antiaristocraticista, cordial. Un gran abrazo, Joaquín: te lo da un jerezano.

Carlos Alvarez nació en Jerez de la Frontera (Cádiz), el 27 de diciembre de 1933. Reside en Madrid. En 1962 fue finalista, en Paris, del "Premio Antonio Machado". En 1963 obtuvo, en Copenhague, el "Premio Lovemanken", de los poetas daneses. Ha publicado los siguientes libros: *Noticias del más acá* (Paris, 1964); *Escrito en las paredes - Papeles encontrados por un preso* (Paris, 1967); *Estos que ahora son poemas* (Barcelona, 1969); *Tiempo de siega y Otras Yerbas* (Madrid, 1970); *Eclipse de mar* (Barcelona, 1973); *Aullido de licántropo* (Barcelona, 1975); *Versos de un tiempo sombrío* (Bilbao, 1976); *Como la espuma lucha con la roca* (Bilbao, 1976); *La campana y el martillo pagan al caballo blanco* (Madrid, 1977); *Poemas para un análisis* (Barcelona, 1977); *Los poemas del bardo* (Barcelona, 1977). Algunos de sus libros han sido traducidos al danés, sueco, italiano, ruso y francés.
